

«ESCALOFRIANTE.» STEPHEN KING

CHARLES GRAEBER

EL ÁNGEL

**DE
LA**



NETFLIX

UNA PELÍCULA
DE NETFLIX

MUERTE

EL ASESINO EN SERIE MÁS PROLÍFICO
DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

PENÍNSULA

El ángel de la muerte

El asesino en serie más prolífico de la historia
de Estados Unidos

Charles Graeber

Traducción de Rodrigo Pérez Montes

Título original: *The Good Nurse: A True Story of Medicine, Madness, and Murder*

© 2013, Charles Graeber

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: julio de 2022

© de la traducción del inglés, Rodrigo Pérez Montes, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 10.570-2022
ISBN: 978-84-1100-098-7



I

3 de octubre de 2003

Charlie se consideraba un hombre muy afortunado. Su carrera lo había encontrado a él, no sabía si por casualidad o por destino. Después de dieciséis años en ese trabajo, Charles Cullen era un veterano realizado, un enfermero registrado con un General Education Development (GED, un título de educación básica y media) y una licenciatura en Ciencias de la Enfermería. Sus certificaciones en apoyo vital cardiovascular avanzado (AVCA), balón de contrapulsación intraaórtico y unidad de cuidados intensivos (UCI) le permitían ganar la sustanciosa cantidad de 27,50 dólares por hora en varios hospitales a lo largo de Nueva Jersey y Pensilvania. Siempre había trabajo. Incluso en los barrios bajos de Allentown o Newark, los centros médicos aún contaban con beneficios en expansión, cada uno prosperaba al incluir nuevas especialidades y servicios, y todos estaban sumergidos en una competencia desesperada por atraer enfermeros registrados (ER) con experiencia.

A las 16:40 horas, Charles Cullen estaba en su coche, afeitado, el cabello impecable y fijado con gel; vestía con camisa y pantalón blancos, con su cárdigan amarillo apagado y un estetoscopio colgado al cuello, de tal modo que cualquiera podría adivinar que el apuesto joven era un profesional del

hospital. Incluso tal vez un doctor, a pesar de su Ford Escort azul celeste con diez años encima y repleto de pecas de óxido. Después de una década de vivir en un apartamento subterráneo en Nueva Jersey, el traslado de Charlie a su trabajo ahora comenzaba desde el otro lado de la frontera, en Bethlehem, Pensilvania. Su nueva novia, Catherine, tenía ahí una pequeña y acogedora casa tipo Cape Cod, la cual le gustaba decorar con baratijas de tiendas de recuerdos acordes a la temporada: corazones rojos de papel, lámparas de calabaza cantarinas, pavos de acordeón. Y aunque Charlie estaba comenzando a aburrirse de Catherine y sus dos hijos adolescentes, no le molestaba pasar tiempo en su casa; sobre todo en el pequeño terreno de atrás, donde podía holgazanear en los días cálidos, arrancando malas hierbas o plantando tomates. También apreciaba los cómodos cinco minutos que le tomaba cruzar el río Lehigh para unirse al familiar flujo de la carretera interestatal 78, una arteria que bombea miles de trabajadores a sus turnos en hospitales sedientos de fuerza laboral a lo largo de Garden State, como se conoce a Nueva Jersey, de los cuales tan solo seis hospitales estaban, extraoficialmente, no dispuestos a contratarlo.

En el transcurso de dieciséis años, Charles Cullen había recibido docenas de reclamaciones y sanciones disciplinarias, y había sido el blanco de cuatro investigaciones policíacas, dos pruebas con detector de mentiras, tal vez unos veinte intentos de suicidio y un encarcelamiento breve, nada de lo cual manchó su expediente profesional. Había brincado de trabajo en trabajo en nueve hospitales diferentes y una residencia de ancianos, y habían tenido que «dejarlo ir», «terminar su contrato» o «pedirle que renunciara» en muchos de ellos. Pero sus dos licencias de enfermería, la de Pensilvania y la de Nueva Jersey, seguían intactas, y cada vez que cumplimentaba una nueva solicitud, el enfermero Cullen parecía ser un empleado ideal. Su asistencia era perfecta, su uniforme siempre lucía

impecable. Tenía experiencia en cuidados intensivos, cuidados críticos, cardiológicos, asistencia respiratoria y quemaduras; medicaba a los vivos, era el primero en responder a un código cuando los gritos de las máquinas advertían sobre los moribundos y exhibía habilidades artísticas al envolver en plástico a los muertos, como si se tratara de origami. No tenía inconvenientes con el horario, pues al parecer no acostumbraba a ir al cine ni a eventos deportivos, y estaba dispuesto, deseoso incluso, a trabajar por las noches, fines de semana y días festivos. Ya no tenía las responsabilidades de un esposo ni la custodia de sus dos hijas, y la mayor parte de su tiempo lo pasaba en el sillón de Cathy, brincando de un canal a otro; si había un traslado inesperado de un paciente o una llamada de último momento debido a la ausencia por enfermedad de algún compañero, podía estar uniformado y conduciendo en la carretera antes del corte para publicidad. Sus compañeros enfermeros lo consideraban un regalo de los dioses de la planificación, una adquisición demasiado buena para ser verdad.

Invertía cuarenta y cinco minutos en trasladarse hasta su nuevo trabajo en el centro médico Somerset, pero no le molestaba conducir; de hecho, lo necesitaba. Charlie se consideraba a sí mismo un hablador y no tardaba en compartir detalles vergonzosamente íntimos sobre sus peleas con Cathy, o su cómica y disfuncional situación en casa. Sin embargo, había algunos aspectos privados de los que nunca podría hablar; escenas secretas que reverberaban en su cabeza, como una cinta que se repetía una y otra vez solo para él. Entre turno y turno, ese traslado le permitía a Charlie reflexionar al respecto.

Su pequeño Ford soltaba hipo conforme cruzaba del cemento barato de Pensilvania al suave alquitrán de Nueva Jersey. Charlie se quedó en el carril izquierdo hasta que vio los letreros de la salida 18, un tramo salvajemente corto de un único sentido hacia la ruta 22 en Somerville y la avenida Rehill.

Este era el barrio bonito de Nueva Jersey, el estado más rico de la Unión, el Jersey del que nadie se burlaba nunca: calles típicas de los suburbios alineadas con árboles opulentos, patios con el césped recién cortado y libres de botes de pesca abandonados o rampas rotas, aceras immaculadas frente a garajes que exhibían autos Saturn alquilados en lugar de viejos Escort. Llegó temprano, como era su costumbre, apagó el motor en el estacionamiento y se apresuró hacia la entrada trasera del hospital.

Más allá de las puertas dobles, yacía una ajetreada ciudad despierta las veinticuatro horas e iluminada por lámparas de luz fluorescente que zumbaban al unísono, el único lugar al que Charlie sabía con certeza que pertenecía. Sintió que se estremecía de la emoción al entrar en el resplandeciente linóleo, y lo envolvió una ola de familiaridad al respirar los aromas de su hogar: sudor, gasa y Betadine, el gusto del detergente antibacteriano y del astringente y, detrás de todo eso, la sutil nota de la decadencia humana. Tomó las escaleras traseras subiendo los escalones de dos en dos. Había trabajo por hacer.

*

La profesión de enfermería le dio la bienvenida como pocos otros aspectos de su vida lo habían hecho en su infancia, que él describía como «miserable». Charlie era el resultado de un error tardío de la vida¹ que sus padres, católicos irlandeses de clase trabajadora, apenas podían mantener:² llegó poco antes de que su padre muriera y mucho después de que la mayoría de sus siete hermanos hubiesen crecido y se hubieran mudado por su cuenta. Su estrecha casa de madera en West Orange³ era un lugar oscuro y miserable. Vivió atormentado por hermanos drogadictos, hermanas adultas que aparecían y desaparecían en temporadas de embarazo o necesidad, y hombres extraños y toscos que los

visitaban a todas horas. Tan solo su madre lo blindaba del caos que reinaba en los cuartos en la planta alta; se alimentaba con desesperación de sus afectos, pero rara vez eran suficientes para saciar el hambre de todos. Cuando la mataron en un accidente de tráfico durante su último año de preparatoria, Charlie se quedó completamente solo. Estaba furioso con el hospital que se llevó el cuerpo de su madre y nada podía consolarlo. Intentó suicidarse, luego trató de entrar en la Marina, y falló en las dos cosas. Al final, regresó al mismo hospital en el que su madre había muerto y descubrió la verdadera misión de su vida.

En marzo de 1984,⁴ Charles Cullen era el único estudiante varón⁵ en la Escuela de Enfermería del hospital de Mountainside en Montclair, Nueva Jersey. Era muy inteligente y le iba bastante bien; las tareas del curso le sentaban bien, igual que el uniforme, y el ambiente de sororidad le resultaba a la vez familiar y cómodo. Cuando la delegada de clase abandonó la carrera apenas dos semanas después de que se iniciara el primer semestre, una de sus compañeras le insistió para que se postulara en su lugar.⁶ Tenía todo para ser elegido, aseguró: era brillante, guapo y, aún más importante, hombre. Charlie se sentía halagado, pero presentarse como candidato a delegado no sonaba del todo como algo que él haría. Mientras más objetaba, más convencida estaba ella; afirmó que él no tendría que enfrentarse a nada: ella lo haría todo. Charlie quedó contento con su rol pasivo de candidato reticente, y lo estuvo aún más cuando ganó. Ser delegado de la clase era solo un puesto simbólico, pero parecía anunciar la llegada de un nuevo Charlie. Seis años después de que la morgue del hospital Mountainside le arrebatara a su madre, Charlie era el hijo que el propio Mountainside había elegido, coronado y ratificado por un ejército de criadores profesionales ataviados en uniforme blanco. Por primera vez en su vida, Charlie era especial; era lo más cercano al amor que alguna vez pudo haber imaginado.

Charlie se costeó su educación mediante trabajos anónimos, intercambiando turnos en varias franquicias. Acumulaba horas extras desplazando dónuts espolvoreados o paleando montañas enteras de carne rebanada; reabastecía cajas o rellenaba dispensadores de condimentos y fregaba los suelos entre tareas: siempre había más suelos por fregar. Le parecía irónico que, justo como el reclutador le había prometido, su experiencia militar se traducía con facilidad en habilidades cívicas; y justo como en la Marina, cada uno de sus trabajos civiles requería que usara uniforme. Para Dunkin' Donuts era una camisa naranja y color café, y una visera; el uniforme de Caldor también era naranja y café, pero las rayas eran diferentes. Charlie tenía que ser cuidadoso y coger la camisa correcta de la pila del suelo. Roy's requería una camisa color óxido que al parecer estaba diseñada para esconder la salsa barbacoa de la misma manera en que las alfombras de un casino esconden restos de chicle. Era un atuendo espantoso, excepto cuando la gerente de Charlie, Adrienne, lo usaba; en especial, le gustaba la manera en que colgaba de él la etiqueta con su nombre.

Adrienne Baum⁷ era un tipo de chica muy distinta a todas las que Charlie había conocido en West Orange, una recién licenciada estudiante de posgrado, ambiciosa, con un título en Empresariales y préstamos estudiantiles por pagar. Charlie la observaba apoyado en el palo de su fregona, fantaseando mientras limpiaba la barra de condimentos en el Roy's de West Orange donde estaba ella. No obstante, Adrienne tenía novio y habían programado su traslado. Charlie renunció a su puesto y duplicó sus horas en el Caldor de al lado, pero aún almorzaba en el Roy's durante sus descansos, solo por si acaso. Cuando llevaron a Adrienne de vuelta el siguiente mes, esta vez sin su novio, Charlie estaba ahí, esperando.

La relación avanzó tan rápido como Charlie pudo acelerarla. Adrienne se sorprendió al descubrir que dentro del tímido chico de los ojos inocentes que había visto limpiando la

sección de salsas se escondía un hombre sorprendentemente seguro de sí mismo. Él necesitaba su afecto e insistía en obtenerlo de cualquier manera que le fuera posible, colmándola de regalos e interpretando el papel del novio perfecto para su familia. Charlie se obsesionó con ganar su cariño y reanimaba esa llama con un flujo constante de flores, dulces y pequeños obsequios del centro comercial. Cualquier cosa que Adrienne decía que le gustaba, Charlie la conseguía para ella. Al final, Adrienne tuvo que pedirle que se detuviera; fingió enojarse, pero, con honestidad, ¿cómo podía molestarse por eso? Era consciente de que muchas chicas habrían matado por estar en sus zapatos: el chico era un excelente partido. El hecho de que Charlie estuviera constantemente renunciando a sus empleos o fuera despedido podría atribuirse a su alta autoexigencia y su agenda ocupada. Adrienne les habló de él a sus amigas, porque, ¡vaya!, se trataba de un chico con tres empleos, delegado de clase en la Escuela de Enfermería, tan serio con su carrera como ella lo era con la suya. Sí, bueno, era un gentil, un no judío. No era perfecto, pero se acercaba bastante.

Pronto, la joven pareja compartía cualquier momento que pudiera sacar de sus respectivos turnos y de las clases de Charlie. Eran una unidad, completa y cerrada, a la que llamaban amor. Seis meses después de la primera cita⁸ estaban comprometidos; se casaron una semana después de que Charlie se graduara de la Escuela de Enfermería. El salón alquilado en Livingstone, los esmóquines, la luna de miel en las cataratas del Niágara: para Adrienne era como un cuento de hadas. Regresaron el día anterior a que su príncipe⁹ empezara su nuevo trabajo en la unidad de quemados del centro médico Saint Barnabas en Livingstone, Nueva Jersey. El hospital estaba dispuesto a concederle tiempo extra, pero Charlie era obstinado. Tenía que ser ese día; no quería empezar más tarde. Adrienne agitó la mano en señal de despedida y sintió cómo su futuro se extendía frente a ella como una especie de extraña alfombra roja.